



Nicolás Lynch

Cría cuervos...

Lo que vimos el jueves en las pantallas de televisión es quizá la perspectiva no deseada de a dónde puede llegar la oposición irresponsable. Varias decenas de ex trabajadores de la revivida CITE que, según dice el diario "El Comercio", entraron al local del Congreso con la ayuda de congresistas del Partido Aprista y de Unidad Nacional, se dedicaban a presionar a la representación congresal con el uso abierto de la fuerza física. Exactamente lo contrario de lo que se supone deben ser las maneras en una democracia.

Esta situación extrema y lamentable ha servido, sin embargo, para que el Perú se entere, sin lugar a ninguna duda, de hasta dónde pueden llegar ciertas minorías activas cuando cuentan con el apoyo, velado o abierto, de

dos o miembros de partidos, legales y democráticos, que han cedido a la tentación de apoyar a estas minorías activas para poder avanzar sus propios intereses políticos, sin reparar en el daño, o por lo menos el riesgo del daño, que esto podía causar al régimen democrático en su conjunto, es decir, tanto al gobierno como a la oposición.

La tercera es que hay minorías activas que están dispuestas a empujar sus intereses particulares a costa incluso de la propia democracia. La CITE quizá sea entre estas minorías el "botón de muestra", es decir, sólo la punta de un iceberg que es utilizada por los verdaderos dueños del circo. Existen varias otras minorías activas, y no precisamente sindicales o de origen popular, que presionan con igual o mayor violencia que la CITE por sus intereses, sólo que sus *lobbies* tienen la discreción del cuello blanco.

La cuarta es que la mafia montesinista sigue activa, planificando acciones y articulando fuerzas a primera vista impensables de ser articuladas, en persecución de su único y fundamental objetivo: promover la inestabilidad política y eventualmente la quiebra democrática. La razón es muy sencilla: sólo de esta manera lograrán salir de la cárcel o cesar la persecución de los que todavía están libres.

Felizmente esta situación contrasta con los esfuerzos del presidente Toledo por llamar a la concertación a todos los sectores políticos y sociales democráticos. La terquedad en que el diálogo y el intercambio de propuestas, aunque no sean coincidentes, es la única manera de sacar al país adelante. Ojalá que los sucesos de la semana que termina hayan sido suficientes para convencer a la oposición de que el país le reclama lealtad con la democracia, más allá de sus intereses electorales de corto y mediano plazo.

Los únicos a los que vale la pena aislar y dejar en evidencia ante la ciudadanía son a estas minorías activas que persiguen ávidamente intereses particulares, llámense CITE, con el pretexto de una "justicia social" que quiere ponerse por encima de la democracia, sean algunos grupos de poder económico favorecidos por la dictadura que se niegan mínimamente a compartir sus ganancias, o el poder mafioso, abiertamente criminal y que no trepida en nada para conseguir sus objetivos.

Eso sí, de una cosa pueden estar seguras estas minorías activas: mientras existan demócratas en el gobierno del Perú, no faltarán energías para enfrentar sus excesos, de la misma manera que no le faltaron a este pueblo para enfrentar al poder autoritario de los noventas.

**Democracia
no es igual que
vandalismo,
de la misma
manera que
masa o
multitud no es
igual que turba.**

partidos, o por lo menos, de miembros de partidos, que actúan en la legalidad y la democracia. El hecho ha motivado el repudio general. Incluso antiguas centrales como la CGTP, conocida por su consecuencia en la defensa de los derechos de los trabajadores, ha señalado sus distancias con los actos de vandalismo desarrollados en el Congreso y sus inmediaciones. Pero, ¿qué lecciones sacar de los amargos sucesos del jueves?

La primera y fundamental es que democracia no es igual que vandalismo, de la misma manera que masa o multitud no es igual que turba. La democracia es la libertad constitucionalmente organizada y supone, por lo tanto, reglas de interacción política que debemos respetar para poder convivir. De lo contrario regresamos a la "ley de la selva" o al "estado naturaleza" del que hablaban los padres modernos de la ciencia política, donde cada cual debe defenderse a sí mismo y los patrones de vida civilizada sencillamente terminan.

La segunda es que hay parti-